

# La Clásica Tragedia Antigua

## El "HÉRCULES FURIOSO", de Séneca

El genio agudo y trágico de Séneca ha escogido en esta primera Tragedia un tema crudo y amargo como la fruta sin madurar. Séneca comienza esta Tragedia con una limpia alborada como el cielo claro de Castilla: «Raros y mortecinos resbalan ya los astros por la comba del cielo; la noche, vencida con el renacimiento de la luz, recoge sus lumbres vagarosas, y el lucero matutino lleva delante de sí a su rebaño aljofarado». Así comienza Séneca esta alborada que es toda ella un rompiente de luz.

Antes de internarnos por el campo de su Tragedia, podemos ver en el frontispicio de su «Hércules Furioso» un rótulo bañado de sabor ascético que parece arrancado de la cantera de un Padre de la Iglesia. Es glosa y comentario a la vez al «Cómo se pasa la Vida», del inmortal Jorge Manrique: «Acelera la vida su curso precipitado. La rueda del año vertiginoso muévase al impulso del día volátil. Las Parcas, hermanas inflexibles, no dan paz a su mano prosiguiendo su tarea y nunca vuelven atrás la urdimbre de sus hilos». Así termina este umbral arcaico y dantesco que dan a su obra los primeros brotes de su tragedia.

Dejado atrás este preámbulo, nos lanzamos al campo interno de su Obra. Discurriendo como por un cauce nuevo nos encontramos con Hércules, que baja a los fondos del Infierno y allí queda anegado en las ondas del Tésalo torrencial. Sigamos el hilo de Séneca y veamos cómo nos describe el preámbulo del Infierno: «Hay un ángulo oscuro del Tártaro, un paraje que la caligine denso sepulta en su agobiante tenebrura. Allí, de una sola fuente, discordes manandos ríos; el uno es la imagen de la quietud (por él juran los dioses), y en su taciturno caudal arrastra la sagrada Estigia; empero, el otro se alborota y corre arrebatado y hervoroso con gran estruendo y tropel y arrastra peñascos en sus ondas: es el Aqueronte, imposible de remontar».

En las honduras del Tártaro infernal se encuentra con que Lico ha arrebatado las riendas del trono de Tebas, y sus hijos y su padre han caído bajo su dominio: «Yo señoreo la rica comarca de la ciudad de Tebas y toda la faja de tierra fértil que con oblicuo abrazo la Fócida ciñe, toda cuanta tierra riega el Ismeño, todo cuanto otea el Citeron, desde su vértice empinado, y el delgado istmo que destila los dos mares». Aquí se interrumpe el hilo de la soberanía de Lico y entramos en un problema intrincado y espinoso de discordias.

Lico intenta casarse con Megara, esposa de Hércules, y al negarse ésta rotundamente intenta Lico dar muerte a los hijos de Hércules y a su padre: «Yo no pienso que sea posible, dice Lico, que ella rehuse y desdeñe mi tálamo; mas si en la fiera obstinación de su alma desvariada ella se me negare, yo descuajaré con su raíz el linaje y la casa de Hércules... La primera máxima del Rey es soportar el odio. Intentémoslo, pues: el azar me proporciona la coyuntura. Hela allá, tocada la cabeza con un velo lúgubre; en pie, amparada en sus dioses protectores, y a su lado, muy pegado a ella, el auténtico padre de Alcides».

Aquí comienza un diálogo, cortado y amargo, que parece arrancado de la pluma inmortal de Shakespeare:

LICO: ¿Hundido en el infierno es tu esposo quien te da estos ánimos?

MEGARA: Rozó el infierno para subir a los luceros.

LICO: Abrúmale el peso de la tierra inmensa.

MEGARA: Ningún peso basta a oprimir a quien en sus hombros sustenta el cielo.

LICO: Serás forzada.

MEGARA: Quien puede ser forzada es que no sabe morir.

LICO: Dime mas aina qué presente regio he de preparar para tu nueva Boda.

MEGARA: Tu muerte o la mía.

LICO: ¡Loca de ti, que morirás!

MEGARA: Saldré al camino de mi esposo.

LICO: ¿A mi cetro prefieres un esclavo?

MEGARA: ¡Ese esclavo a cuántos ha dado muerte!

LICO: ¿Por qué, pues, sirve a un rey y se dobla al yugo?

MEGARA: ¿Suprime el gobierno duro: en que consistía el valor?

LICO: ¿Pienzas que es valor ser expuesto a las fieras y a los monstruos?

MEGARA: El valor consiste en domar lo que hace temblar a los otros.

LICO: Agobian al baladrón las tinieblas del Tártaro.

MEGARA: No es blando el camino que conduce a los luceros.

Estamos a la mitad de camino y Hércules sale furioso con Teseo del Infierno en busca de su esposa traicionada. El genio y la pluma se han puesto de acuerdo aquí para dar vigor y colorido a este cuadro dantesco, que da temor, da espanto y temblor de confusión. Así nos describe Séneca el lugar terrible y negro donde sufren los condenados: «Allí, tendida está, perezosa y fétida, la laguna del Cocito; allí el buitres; allí solloza el buho y pregona lutos; allí suena el chillido de la luchuza ominosa, lúgubre. Frondas sombrías hacen allí temblar la sombra opaca; descuella el tejo, en quien anida el indolente Sueño; echada está el Hambre flaca de descarnados labios; oculta allá su rostro el tardío Remordimiento, consciente de su crimen; y síguenle el Miedo y el Pavor y el Duelo y Dolor, que rechina sus dientes; la negra Desesperación y la Enfermedad febricitante».

Hércules sale con Teseo del Infierno y en venganza contra su esposa da muerte a Lico: «HÉRCULES. Derrocado por mi diestra vencedora, Lico cayó de bruces sobre el suelo; entonces todos los que fueron también camaradas en la pena. Victorioso ahora, ofreceré un sacrificio a mi padre y a los dioses soberanos, y honraré sus aras con la inmolación de merecidas víctimas».

Juno no cede en su ira y gravemente enojada hiere a Hércules con el rayo fulminante de su ira. Juno da muerte cruel a los hijos de Hércules y a su mujer.

Aquí termina esta tragedia de Séneca, verde y amarga como la herida de un pino sentenciado a muerte. Por su médula pasan odios y sangre. Toda ella presagia noche y sombra y es agorera de tempestad.

JOSÉ GIL GONZÁLEZ ==

